

Un día desapareció la Gioconda del Louvre, para consternación de los turistas, escándalo nacional, revuelo mediático. No era la primera vez, porque casi cien años antes, en 1911, un joven inmigrante italiano, Vincenzo Peruggia, pintor decorador que había estado trabajando en el mantenimiento del museo y por ello tenía la entrada franca, se la llevó bajo el delantal de obrero. La tuvo escondida dos años en su bohardilla, y en 1913 fue con ella a Florencia, con la intención de venderse a la galería de los Uffizi, y darle al robo una justificación patriótica de recuperación de un tesoro nacional. La policía lo estaba esperando, y la Gioconda volvió al Louvre, mientras el ladrón, que para entonces firmaba Leonardo Peruggia, iba preso unos pocos años (murió en 1947).

En esta ocasión fue peor porque lo que desapareció fue la pintura, literalmente hablando, la delgada capa de pintura al óleo que constituía la celebrada obra maestra. La tabla que era el soporte seguía en su lugar, lo mismo que el marco: la tabla en blanco, como antes de pintarla. La llevaron al laboratorio y la sometieron a toda clase de exámenes: no mostraba signos de haber sido raspada ni frotada con ningún ácido, ni nada, estaba intacta. La pintura se había evaporado. La única señal de violencia eran unos agujeritos perfectamente circulares, de un milímetro de diámetro, en el vidrio blindado de la caja que había separado al retrato de sus espectadores. Esos agujeritos también fueron estudiados, aunque no había nada que estudiar; no mostraban rastros de ninguna sustancia y nadie pudo explicarse con qué instrumento se los había podido hacer. De ahí salieron especulaciones periodísticas sobre extraterrestres, por ejemplo un ser gelatinoso que hubiera aplicado una ventosa con cúlas horadantes,



